



PREMIOS PARA LAS NIÑAS (*)

NUESTRO egregio asesor de Instrucción pública ha querido confiarme también este año un encargo honroso y agradable. En nombre suyo y de sus colegas debo congratularme con vosotros; os debo decir antes cuán caro sea para nosotros también este hermoso día en que la ciudad de Turín festeja y honra á sus hijas estudiosas, y cómo se refleja viva en nuestro corazón la alegría que brilla en el vuestro.

Pero para ser verdaderamente merecedoras del premio que se os ha dado, conviene que á otros pensamientos, á otros sentimientos abráis el ánimo, además de á la alegría altiva de haber sido premiadas. Vosotras tenéis hoy un deber que cumplir,

(*) Discurso de Edmundo De Amicis en un reparto de premios á las niñas de las Escuelas públicas elementales de Turin.

que yo voy á señalaros, un deber de afecto y de gratitud, el cual, por vuestra inteligencia superior y por vuestro corazón sensible será, sin duda alguna, comprendido, experimentado y cumplido al mismo tiempo.

Volved vuestro pensamiento hacia aquellas vuestras compañeras, á las cuales, para haber sido premiadas como vosotras, no faltó el buen deseo ni el ingenio, sino el tiempo ó la asiduidad en la asistencia, ó la fortuna; aquellos ligeros auxilios de la suerte que aun en las luchas escolares como en toda otra lucha, se requieren para vencer; volved hacia las émulas superadas un pensamiento amoroso, reconociendo en ellas el mérito aun desde el fondo de vuestro corazón, para que no nazcan los celos ó el desaliento en ninguna de ellas y para compensarlas en parte de la satisfacción de amor propio que hoy no experimentan; proponeos, no sólo no ofenderlas jamás, ni siquiera con una sombra de orgullo, sino tratarlas desde ahora en adelante con un más ostensible respeto y con una más delicada cortesía.

Dirigid también un pensamiento de gratitud á vuestras maestras; decidlas que juntas con vosotras y más acreedoras á ello

que vosotras, son festejadas ellas también en este día; ellas, que han dedicado su vida á un oficio en que se requiere el concurso asiduo de tanta perspicacia y de tanta bondad, y un tan difícil imperio y dominio sobre el propio ánimo y carácter, y una fatiga que á muchas abrevia la juventud; ellas, que os dan admirable ejemplo de cómo puede la obra femenina, sin salir de la sombra que le aumenta gentileza, elevarse á la alta dignidad de una benemérita ciudadanía; ellas, que ejercitan fuera de la familia un ministerio no menos santo y benéfico que el ministerio materno, y lo ejercitan de modo tal, que hacen del nombre de maestra, en la conciencia de todos nosotros, uno de los títulos más honrosos y más amables que pueden enorgullecer á una mujer.

Dedicad, asimismo, un pensamiento de afecto hacia vuestras familias, por el cuidado, por la ansiedad, anhelos y angustias que les costaron vuestra escuela, vuestros pequeños afanes y los peligros de vuestra salud; que tengan ellos, por todo esto, un pensamiento más reverente desde hoy, que tengan de vuestra parte una más calurosa oferta de devoción y de amor aquellos padres á los cuales el improbo trabajo, las

estrecheces ó las desventuras, dieron una amargura que á vuestra edad no se puede comprender por completo: la amargura de vivir alejados de vosotras y no veros más que por instantes, rápidamente, en momentos fugaces; no poder satisfacer á veces vuestros más modestos deseos; la amargura de deber interrumpir vuestros estudios, turbar vuestros deleites, dándoos en la frente por la noche, después de una jornada fatigosa y triste, un beso sin una sonrisa.

Con estos pensamientos en el alma, estaréis más serenamente dispuestas á escuchar las breves palabras que voy á dirigir con respecto á *la estrecha relación que liga vuestros estudios presentes con vuestros deberes futuros.*

*
* *

Acaso las mayores de vosotras, á las cuales me dirijo especialmente, ya han adivinado mi idea antes que la exprese.

Hay un nombre suave en todas las lenguas, venerado entre todas las gentes, el primero que suena en los labios del niño al despertar la conciencia y el último que murmura el jovencito frente á la muerte; un

nombre que el hombre maduro y el viejo decrepito invocan todavía con ternura de niños en las horas solemnes de la humana existencia, aun muchos años después de no estar ya en la tierra quien lo llevaba; un nombre que parece tenga en sí la misteriosa virtud de reconducirnos al bien, de consolarnos y de protegernos, un nombre con el cual se dice cuanto hay de más grande, de más dulce, de más fuerte, de más sagrado en el alma.

Vosotras estáis destinadas á llevar un día ese nombre sacrosanto.

Y bien: para cumplir sabiamente los altos deberes que aquel nombre supone, no basta el instinto, no basta el corazón; se necesita la cultura de la inteligencia y del ánimo; y para la formación de esta cultura no hay cosa más conveniente de todas cuantas se os enseñan en la escuela. Tenedlo por seguro: estudiad con la más tranquila certidumbre de que hasta los conocimientos y las asignaturas que ahora os parecen más superfluos para una mujer, después de haber permanecido cierto tiempo como muertos en su germen, pasando casi inadvertidos en vuestro espíritu, se avivarán un día, resucitadas por vosotras mismas, cuando podréis usar de aquellas asignaturas y de

aquellos conocimientos en beneficio ajeno, y se desarrollarán, convirtiéndose en acierto, en decoro, convirtiéndose en autoridad y en poder para hacer el bien.

Por esto os digo:

Si os fatiga alguna vez ú os desanima el estudio minucioso y lento de la lengua, venced esa pereza, considerando cuánta importancia tenga el sentimiento y la posesión de la palabra eficaz, expresiva y bella, para abrir el ánimo propio y para mover el ajeno; para enseñar y defenderse; para mandar á nuestros queridos del corazón que se hallan lejos, el consuelo del afecto y el socorro del consejo; para comprender y admirar dignamente, como es deber de todo ciudadano culto, el tesoro inmenso de la sabiduría, y de las bellezas que han acumulado nuestros escritores inmortales en siete siglos de pensamiento y de glorias.

Si vuestra mente se rebela alguna vez contra el estudio árido de las cifras, pensad cuán útil sea en toda forma de actividad intelectual, no tanto aquella ciencia en sí, cuanto para el orden y exactitud que ella introduce en la mente y en el gobierno de la vida privada. ¡En cuántas familias es la pluma calculadora de la mujer la que traza

á todos el camino derecho, aquella que, demostrando diariamente, con la prueba vigorosa de la Aritmética, la necesidad de los pequeños sacrificios, castiga la vanidad, estimula la inercia, y desde un estado rayano en la pobreza, hacer salir con frecuencia á una familia desde el malestar al modesto bienestar, otorgándole, al propio tiempo, la alegría y el contento, porque se siente más digna en su nueva situación que si se encontrase en la opulencia que no ha costado ni sudores ni llantos!

Si os es aburrida en ocasiones ó si os cansa cargar la memoria con fechas y narraciones de acontecimientos lejanos, persistid de todas suertes, no solamente porque quien ignora la Historia es un espíritu perdido entre la obscuridad del pasado y la obscuridad del porvenir, como quien camina con una lucecita en medio de la noche, no viendo sino el espacio brevísimo en el cual mueve sus pasos; no solamente porque no puede amar altamente á la patria quien no conoce sus glorias, sus sacrificios y sus luchas, sino por saber cuán larga y heroica parte haya tenido en aquellas luchas y en aquellos sacrificios la mujer, y pagando el tributo de admiración y de

agradecimiento que debe á las esposas, á las madres italianas muertas, cada hija de un italiano redimido y cada madre de italiano libertado, llegar en el culto de la memoria de aquéllas, el ardor, y la fuerza, para proseguir la santa obra de los antepasados en la vía de la libertad y de la justicia.

Si os resulta grave de vez en cuando aquella tarea de estampar en vuestra mente la forma y la confusión de los países y nombre y descripción de las ciudades, de las montañas y de los ríos, hacéos ánimo, pensando que vosotras os trazáis de mil maneras un vasto cuadro del mundo sobre mil puntos, de los cuales vendrán sucesivamente á recogerse para permanecer fijas y ordenadas aquellas mil noticias esparcidas de todos los tiempos y de todos los países que en el curso de la vida se aprenden sin buscarlas, pero que sin el fundamento de aquel estudio vuelan confusas en la memoria y acaban por perderse como tropel de golondrinas agitadas por torbellino, á las cuales faltan las ramas en que posarse aferradas á los troncos, que á su vez están clavados en la tierra.

Y, en fin, algunas entre vosotras, á las

cuales parezcan fastidiosas las labores más afines, más propias de vuestro sexo, aquellas que por su condición social los estimen inútiles é indignos de ellas mismas, consideren que en ninguna condición social es honroso para la mujer el desprecio de las faenas domésticas, que cuanto más alto nos ha puesto la fortuna, tanto más estrecho es el deber de respetar este trabajo humilde é ingrato, mecánico, necesario é indispensable, que otros cumplen por nosotros y que es preciso honrarlo siempre que ocurra y aun compartir sus fatigas con los que lo desempeñan. Y piensen que la fortuna es mudable, que el porvenir es un misterio y que cada día se ven reducidas por fuerza á aquellas faenas en otro tiempo despreciadas, manos señoriles á las cuales la adversidad con un golpe certero é inesperado, ha arrancado los guantes y las sortijas.

Estudiad, pues, y trabajad como si hubiéseis de ser destinadas todas á la enseñanza; y á ella estáis destinadas en realidad, porque cada mujer es la primera y la última maestra de su casa; y no olvidéis ninguna de las materias que se os imponen, porque concurren todas á formaros el corazón y la

mente para gobernar un día otros corazones y otras imaginaciones. Y esto deberéis hacerlo en todo caso, hasta en aquellos en que la fortuna, superando vuestras más atrevidas ambiciones, levante vuestros más queridos seres á la cumbre del poderio y de la gloria, porque (acordáos siempre de esta verdad) hasta el hombre poderoso y glorioso, pasado por todas las vicisitudes de la vida pública, experto de los hombres y avezado á dominarlos, y tan soberbio y seguro de sí que no confía á nadie un afán, que no pide á nadie un consejo, confía, sin embargo, todavía sus afanes, pide todavía un consejo á la dulce amiga de su infancia, y busca siempre en la hora del triunfo ó de la desventura, la palabra y las preces de su madre.

Cuanto he dicho, es para las escuelas.

Pero ahora, aceptad también una exhortación para cuando la escuela no sea para vosotras sino un querido y grato recuerdo.

En discursos que oiréis, en libros que caerán en vuestras manos, y aun en los consejos de gentes honradas, movidas por una intención benévola, encontraréis una tendencia á inspiraros un sentido de aversión ó de desprecio hacia el mundo y á haceros

desconfiar de todo ingenuo impulso vuestro de entusiasmo ó de ternura, á arrancar de vuestra imaginación todo aquello que se suele llamar *la poesía de la vida*. Rechazad esta tendencia maléfica. Demasiado prevalece un triste sentimiento de la vida y del mundo en los hombres; que no prevalezca también en vosotras, porque uno de los más sagrados deberes de la mujer es combatirlo, es extirparlo de todos los corazones que palpitan á su alrededor. Si, el mundo está lleno de iniquidades, de odios, de horrores, pero también hay en él un gran cúmulo de miserias y de dolores no merecidos, sufridos con invicto valor. Se cumple en él diariamente, en las formas infinitas del trabajo, un esfuerzo de voluntad tan vasto y fecundo, un esfuerzo de paciencia y de genio, se agita un tan afanoso é infatigable deseo del bien, hay tantas grandes virtudes, tantas almas generosas, tantas vidas nobles y buenas... y prueba de que éstas son muchas, y en todas partes están, es que no hay hombre sobre la tierra, por incrédulo y triste que sea, que no encuentre esas condiciones, y no reconozca algo por lo menos de esas cualidades en el camino de su vida; encontraréis vosotras también, es-

tad seguras de ello, hasta las menos afortunadas: encontraréis personas que honran la raza humana, disfrutaréis de aquellas horas divinas que hacen bendecir la existencia, y pedir perdón á la humanidad por haberla calumniado y rechazado en tantas ocasiones!...

No, no creáis á quien os dice que «no hay poesía en la vida». ¡Poesía habrá mientras á la cabecera de la cuna resuene el canto materno, mientras que los ancianos vuelvan á vivir la propia infancia en los hijos de sus hijos, mientras que haya prometidas que al dar la mano dan el alma y jóvenes que mueren por salvar á un niño ó por defender una idea. Poesía habrá mientras que dure la piedad, la bondad, la juventud, el trabajo, las victorias de la ciencia, las maravillas del arte, mientras que en torno y sobre las esperanzas de los hombres, florezca la primavera y resplandezcan las estrellas!

Volved ahora á vuestro trabajo cotidiano con nuevo ardor, y al trabajo acostumbrado agregad otro, el más provechoso de todos, el de arrancar cada día con precaución y con cautela, apenas despunten las malas hierbas del ánimo, las pequeñas va-

nidades, y las pequeñas obstinaciones, y los pequeños rencores; trabajo fácil en tanto que son tiernos y blandas las hierbas y las manos, pero difícil después; limpiad el campo de cizaña, y no dejéis sino las espigas de oro de las bellas ideas y las flores azules y rojas de los afectos galantes y distinguidos. Ejecutad, desde ahora, en la casa el oficio que corresponde más que á nadie á las muchachas: recrear al padre cansado, hacer sonreír á la madre triste, pedir gracia para el hermano culpable, arreglar los disentiimientos, esparcir la dulce voz, como una música en la paz laboriosa de la familia; y cuando, al término de vuestra jornada, os recojáis en el silencio, y recorriendo los años con el pensamiento, soñéis una juventud feliz y una vejez serena, pedid en vuestras oraciones, poned en la cúspide de todo deseo y propósito vuestro, aquella virtud que sólo os puede dar una y otra juventud y vejez ansiadas, aquella que es más necesaria á todos nosotros en todas las edades, en cualquier estado que nos coloque la suerte para hacer á los demás el bien y hacérnoslo á nosotros mismos: la virtud de decir sinceramente y de poner en práctica en todas las pruebas de la vida estas senc-

llas palabras, en que está encerrada toda la sabiduría del mundo:—¿Eres infeliz?—Te compadezco. —¿Eres débil?—Te protejo. —¿Me ofendiste?—Te perdono.—¿Me odias? Pues ¡yo te amo!

Y termino con un augurio, puesto que los buenos augurios nacen espontáneos del corazón, ante el aspecto de la infancia, como el canto de las aves ante el alba.

Creced bellas y fuertes, y que la vida os sea grata y sonriente como el espectáculo lleno de gracia y de colores que ofrecéis á nuestra vista ahora; que podáis, dentro de muchos años, volver á este teatro para ver pasar sobre este escenario otras niñas buenas y estudiosas como vosotras y que os acompañen también entonces vuestros padres y vuestras madres, conservados jóvenes por el calor de vuestro afecto y por la alegría de veros amadas y respetadas.

Si estos deseos os son gratos, auguradnos por vuestra parte, en cambio, á todos nosotros, que os podamos volver á ver en esos años, y añadid, os lo ruego, que no os sería desagradable oír la misma voz, repetir á las pequeñas premiadas del nuevo siglo los mismos consejos que á vosotras os he dirigido. La voz habría cambiado en todo

caso, pero no el culto amoroso hacia la escuela ni el amor profundo y reflexivo hacia las generaciones que surgen, ni la radiante fe en el porvenir de que hoy soy intérprete, no autorizado, pero si fiel, del corazón de mis colegas. Y habiendo cambiado estas aspiraciones, os doy las gracias y os despido hasta dentro de un año. ¡Que este año sea afortunado para vosotras, queridas niñas, y para vosotras, valerosas educadoras; que sea un año fausto para la escuela y para la patria; que sea un año de trabajo y de paz para todos!

